

El segundo hermano del Almirante, don Diego, no se parecía á don Bartolomé sino por su adhesión absoluta á su hermano mayor. Nacido Diego Colón mientras que sus dos hermanos navegaban muchos años hacia, no había recibido su constitución robusta. Su infancia enfermiza exigió largas consideraciones. Las madres se adhieren á sus hijos hasta por las inquietudes que han sufrido y los cuidados que les han prodigado. Como el pequeño Diego era el menor de los hijos de Domingo Colón, y el único que vivió siempre en su casa, Susana Fontanarosa le conservó tiernamente á su lado todo el tiempo que pudo. Ya había cumplido los diez y seis años cuando entró de aprendiz en casa de Luchino Cadamortori, maestro cardador en Savona.

Cuando el Almirante regresó de su primer viaje, dejó Diego el oficio de su padre, para seguir á su hermano que le llamaba á su lado. Por la docilidad de su ánimo y súbito instinto de las relaciones sociales, efecto de la diversidad de aptitudes que parecían vinculadas como una bendición en la familia del anciano cardador, presentado Diego en la Corte, se encontró en seguida á la altura de su nueva situación. Su tierna admiración por su hermano, la observación de su ejemplo y sus consejos le inspiraban lo que debía saber. La abnegación de Diego se ennoblecía con el sentimiento religioso. Admiraba en su hermano mayor la doble preeminencia del talento y de la piedad. Le veneraba por sus virtudes; porque Diego no ambicionaba fama, honores, ni riquezas. Su repentina elevación no había envanecido su corazón, porque este pertenecía á Dios. Continuaba en el mando sin amarlo, por mera obediencia, porque aquella era la voluntad de su hermano, su superior, su jefe, á quien miraba como á un segundo padre. No deseaba sino el servicio de Dios, y desempeñaba siempre los diversos cargos que le designaba el Almirante, como el empleo que Dios quería que desempeñara.

Su afición le inclinaba á la soledad, al estudio de las letras, y aunque estas le ofrecieron tardíamente sus encantos, á ellas dedicaba los breves momentos en que el descanso le permitía abrir los libros de sus hermanos. Hubiera preferido la calma de la oscuridad á los cuidados de la elevada administración; pero lleno de resignación, cifraba su dicha en servir á su hermano mayor. Toda su gloria, toda su ambición, consistían para él en su hermano. Para sí propio no deseaba nada más que la vida retirada, ignorada de los hombres y sabida sólo de Dios. No parece que ningún amor terrestre haya ocupado su corazón. En el secreto de su casa imitaba las costumbres regulares del Almirante, cada día rezaba el oficio, y dedicaba un rato á la meditación. Esa adhesión ilimitada, esa posición voluntariamente secundaria, que multiplicaba los sacrificios que hacía sin esfuerzo, aseguraban al Almirante una vigilancia á toda prueba; mientras que las cualidades vigorosas de su hermano Bartolomé ponían á sus órdenes la experiencia, la previsión, la fuerza; en una palabra, todos los medios de emprender y de ejecutar.

## § II.

Además de las noticias que don Bartolomé había traído de España, el Almirante recibió muy pronto otras más recientes por Antonio de Torres que llegó con cuatro carabelas cargadas de provisiones consistentes en viveres, medicamentos, vestuarios, mercancías, el cual trajo también para el servicio del hospital un médico, un farmacéutico, y además algunos obreros, mineros y hortelanos. Las carabelas traían también ganado para formar rebaños, y diversos objetos destinados unos á los enfermos y otros á la casa del Almirante.

Delicadamente ingeniosa la Reina en atender á las necesidades y aun á los gustos de Colón, acordándose de su afición á las hermosas telas de color blanco, perfumes y cosas sencillas, pero escogidas, como también de sus frugales costumbres, quiso componerle ella misma un suplemento de mobiliario y provisiones. Esos pequeños secretos caseros, tan prosáicos en otras circunstancias, son aquí pruebas de grande interés. La amistad de la Reina, su cariñosa solicitud para el bienestar de aquel grande hombre realzan esos vulgares pormenores. Jamás habló nadie de esas íntimas pruebas de simpatía entre las dos personas tan ilustres y magnánimas. Hé aquí lo que enviaba la Reina Católica al gran Almirante del Océano.

Para su cuarto:

Una cama con seis colchones cubiertos de tela de Bretaña; tres pares de sábanas y cuatro almohadones de tela fina de Holanda; una rica manta calada, otra corta con franjas para cubrepie; después, como tapicería, en memoria de su amor á los paisajes, una doble colgadura representando árboles de Europa, con dos puertas de la misma tela, repitiendo el mismo asunto; una alfombra de estrado esmaltada con colores brillantes que figuraban flores. Dos cofres ó baules grandes que servían de armarios cubiertos con sus fundas; cuatro cubiertas bordadas con sus armas; y además de esto diez manos de papel para su correspondencia, y cierta cantidad de perfumes, á los que se añadieron veinticinco libras de agua de rosas y otras veinticinco de agua de flor de azahar.

Para su mesa:

Cuatro pares de manteles finos, seis docenas de servilletas, seis toallas, dos cazuelas de plata, dos vasos, un salero y doce cucharas de plata, cuatro candelabros de latón dorados, doce candeleros dorados y treinta libras de velas de cera (1).

(1) Colección diplomática.—Documentos, núm. LXXVII.

Para su despensa:

Cien libras de arroz con una de azafrán, aderezo obligado de la sopa de arroz, y del cocido con manteca y carne entre los genoveses. Cien libras de dátiles, doscientas de pasas, cien de azúcar blanco, cien de miel, cincuenta de frutas sin pepita, una docena de cajas de diversas conservas; veinte libras de cidras en almibar, doce cajas de confituras de membrillo, doce vasijas de azúcar, dos jarras de aceitunas escabechadas, doce fanegas de almendra, doscientas libras de aceite de oliva y setenta y cinco de manteca de puerco sin sal, fresca. Sabiendo también la reina cuanto consumo de huevos entraba en su alimentación ordinaria, para que nunca le faltaran, añadió a su remesa cien gallinas y seis gallos. Finalmente, para que pudiera el Almirante conservar el único lujo de que gustaba, la limpieza, añadió setenta y cinco libras de jabón fino.

Como Isabel no se olvidaba nunca de nada, y no ignoraba, por otra parte, los cuidados paternales con que atendía el Almirante a las personas de su casa, le envió: doce colchones, doce pares de sábanas, doce mantas, ochenta camisas, ciento veinte pares de zapatos y cien varas de lienzo de Vitré, con seis libras de hilo fino y tres onzas de seda negra para hechuras y remiendos de los vestidos (1).

Más la satisfacción que habían experimentado los monarcas era lo que más directamente halagaba al corazón del Almirante. Era fácil leerla en la deferencia que le demostraban las cartas de los Reyes. Por la suavidad del estilo reconocía el propio pensamiento de la reina. Los Soberanos le contestaban con los siguientes términos en una carta laudatoria y casi respetuosa: «Si nos halláramos ahí presentes, hubiéramos tomado vuestro consejo (2).» Dábanle cuenta del arreglo con Portugal, para el comercio en la costa de África, y del convenio firmado el día 7 de junio con el mismo Estado, relativamente a la línea de demarcación del Océano. Confirmaban todos sus nombramientos para los diversos empleos; aprobaban todas sus peticiones, las concedían, y acompañaban sus obsequiosas palabras con una orden mandando terminantemente a todos los que residían en las Indias que obedecieran al Almirante como Virey y como Gobernador.

Las órdenes dadas al arcediano Juan de Fonseca, el ordenador general de marina, para la continuación de los envíos de todo género a la Colonia, el proyecto de establecer una correspondencia regular con la Española, enviando allá todos los meses una carabela, probaban suficientemente la intención de fundar allí una colonia española. En sus reflexiones acerca del porvenir de ésta, no podía Isabel olvidar la propagación de la fe católica, la salvación de los indígenas, primer

(1) Colección diplomática.—Documentos, núm. LXXVII.

(2) «Ahí estaríamos presentes y tomaríamos vuestro consejo.»—*Real provision*, 16 de agosto de 1494.—*Docum. diplom.*, núm. LXXX.

objeto del descubrimiento de aquellas regiones. Escribía al padre Boil para despertar su celo, invitarle a que persistiera en la empresa de la conversión de los indígenas; procuraba con empeño evangelizar al indolente misionero (1), y le aseguraba que con firmeza de voluntad vencería la dificultad del idioma.

Una carta de la reina, fechada el día 16 de agosto de 1494, iba particularmente dirigida a consolar al Almirante, y robustecer su alma prodigándole sus dulces simpatías.

Esta carta, la primera que llegó del antiguo mundo al nuevo, es de grande importancia para la historia de Cristóbal Colón. Recuerda el verdadero objeto de su descubrimiento con franqueza enteramente cristiana. Sería imposible sospechar aquí, bajo ningún pretexto, como lo ha hecho en otra parte especiosamente la escuela protestante, ningún interés político en la manifestación de esos sentimientos religiosos; porque, desde más de un año antes, merced a las bulas pontificias de los días 3 y 4 de mayo de 1493, estaba ya Castilla legítimamente en posesión de las tierras descubiertas y de las que pudiera descubrir al Oeste en el Océano. Por consiguiente, era superflua toda demostración de celo católico. Por otra parte, esta correspondencia administrativa no estaba destinada a que la viera nadie más que el Almirante; pero el celo rebosaba del corazón de la piadosa soberana al dirigirse al que había llevado la cruz al Nuevo Mundo.

La reina le dice primeramente: «Hemos tenido una satisfacción indecible al saber todo lo que nos habeis escrito; por todo lo cual damos muchas gracias a Nuestro Señor. Esperamos que con su ayuda este negocio, que es el vuestro, será causa de que nuestra santa fe católica reciba grande extensión (2).»

Tenemos pues que la primera palabra de esta comunicación real es la gloria de Jesucristo y el acrecentamiento de su Iglesia. Se trata de la propagación del Cristianismo antes que de ningún interés político, ni comercial.

Después de haber consignado el verdadero objeto de Colón, certifica igualmente la reina que aquella concepción es completamente invención y propiedad personal de aquel héroe. Isabel, que había seguido el desarrollo de aquella idea con la vista fija en ella y pesado las razones objetadas por sus contradictores, refutaba de antemano, sin preverlo, en aquella fecha, a los futuros detractores de la gloria del Almirante. Su precioso testimonio deja consignado, desde el 16 de agosto de 1494, que la idea, el objeto y el plan del descubrimiento fueron el fruto de una inspira-

(1) «Animaban los Reyes al Padre Boil a perseverar en la isla y en el santo propósito no obstante haber él escrito que era inútil su permanencia.»—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. V, § 24.

(2) «Y damos muchas gracias a Nuestro Señor por todo ello, porque esperamos que con su ayuda este negocio vuestro será causa que nuestra santa Fe católica será mucho más acrecentada.»—*Carta fechada en Segovia el 16 agosto de 1494, refrendada por Fernando Alvarez*.

cion espontánea, madurado por el estudio; y en manera alguna la realización práctica de una meditación ajena, la ejecución de un odioso plagio, como lo supusieron más adelante sus calumniadores.

La reina dice: «Y en todo esto, una de las principales satisfacciones que hemos tenido es el saber que esta empresa ha sido concebida, dada á luz y ejecutada por vuestro genio, habilidad y trabajo (1). Y nos parece que todo cuanto nos habíais anunciado que debía suceder desde las primeras confidencias, se efectuó en su mayor parte, pero con tanta exactitud como si lo hubiéseis visto realizarse ántes de decirnoslo.»

Isabel expresaba á Colon el placer con que leía una y otra vez sus cartas, hablábale de sus obligaciones por semejantes servicios y de su deseo de satisfacerle dignamente. Miétras le daba gracias de los pormenores circunstanciados que le enviaba, reclamaba otros más extensos acerca de aquellas regiones nuevamente agregadas á los dominios de su corona. Su viva curiosidad, estimulada por su amor á la naturaleza, se informaba del número, extensión, distancia respectiva de las islas y de los nombres primitivos que tenían; la reina preguntaba acerca de sus producciones diversas y de su temperatura, porque se disputaba acerca de los climas de aquellas nuevas regiones. No faltaba quienes llegaban hasta á suponer que cada año había allí dos inviernos y otros tantos veranos (2). Isabel hubiera deseado poderse trasladar de un golpe bajo aquellos horizontes brillantes, y contemplar allí mismo las magnificencias equinocciales, admirar los espléndidos adornos de aquella naturaleza opulenta, que rebosaba lujo en todo. Ya que no podía llegar á aquellas imponentes escenas, quería á lo ménos que se le enviaran los vegetales, los productos vivos de aquellas regiones, especialmente las variedades de pájaros que se pudieran trasladar; porque, decía élla con expresión infantil, «quisiéramos verlos todos.» Fácil es que cualquiera se forme una idea exacta de la manera como se estremecería Colon de tierna alegría ante la expresión de esa comunidad de simpatías y admiración religiosa. Representábase á la reina debajo de los artesonados techos de la Alhambra, retirada en su cuarto con sus dos más íntimas amigas, doña Beatriz, marquesa de Moya, compañera de sus años infantiles, y doña Juana de la Torre, escogida para amamantar por sí propia al infante real, noble triada animada por la virtud é ilustrada por el genio de Isabel. Su corazón las veía ocupadas en examinar detenidamente las últimas muestras del Nuevo Mundo, y se alegraba con la alegría de éllas, y, al través del Atlántico, participaba también de sus santas emociones.

(1) «Y una de las principales causas porque esto nos ha placido tanto es por ser inventada, principiada é habida por vuestra mano, trabajo é industria.»—*Documentos diplomáticos*, núm. LXXIX.

(2) «Algunos quieren decir si en un año hay allá dos inviernos y dos veranos.»

### § III.

Estos consuelos, sin embargo, no podían remediar el mal cometido durante su ausencia.

El comandante Pedro Margarit, que poseía en las instrucciones dadas por Colon, para la colonización española, todos los elementos posibles de fuerza, vida y prosperidad, había defraudado la esperanza del Almirante, hecho traición al honor militar, y se había insurreccionado contra el Consejo de gobierno. En lugar de proceder á la exploración de la isla, fué á acampar á diez leguas de la Isabela, alojando su tropa en las poblaciones de los indios, donde vivía sin acuartelamiento, dispensada de acudir á la lista y al toque de retreta, de los ejercicios, libre de toda consigna, miétras que él mismo iba en pos de livianos placeres. El rumor de las vejaciones incesantemente cometidas contra los indios por la soldadesca desenfrenada llegó hasta don Diego Colon. Por dictámen del Consejo escribió al comandante Margarit mandándole terminantemente que ejecutara las órdenes del Almirante; pero en lugar de obedecer semejantes advertencias, contestó Margarit con insolencia, y se entregó con mayor desenfreno á toda clase de extravíos. Aparentaba desdeñar á don Diego Colon, iba á la Isabela cuando se le antojaba, no importándole nada el Consejo como si su espada fuera la única autoridad de la isla. Sus soldados creían honrar mucho á los indios arrebatándoles sus mujeres, provisiones y oro, y consumiendo en pocos días los víveres que les habrían bastado para un tercio del año.

Sin embargo, después de haber arruinado á los habitantes de la Vega Real y hecho maldecir el nombre español en la comarca más rica de la isla, espantado Pedro Margarit de su responsabilidad, probó de prevenir la vuelta del Almirante huyendo en los buques que don Bartolomé había traído. Como no podía apoderarse de ellos por sí solo, reclutó descontentos y dió prontamente consistencia á su partido atrayendo al mismo al vicario apostólico, el padre Boil: unía á estos dos hombres la conformidad de su respectiva situación. Ambos eran catalanes y no dependían del poder de Castilla. Pedro Margarit había violado todos sus deberes de militar y de jefe de ejército. El padre Boil había olvidado todas sus obligaciones de sacerdote y de jefe de misión. Esos dos murmuradores, descontentos de todo, porque en el fondo lo estaban hasta de sí mismos, engrosaron su facción con los hidalgos que no podían perdonar al Almirante el haberles sujetado al trabajo. Difamaban á los Colones, les declaraban advenedizos, extranjeros, complaciéndose en humillar á los verdaderos caballeros, por lo mismo que ellos carecían de alcurnia.